

¿DEMOCRACIA EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA?

Hace algún tiempo un grupo de jóvenes novicias se me lamentaba del poco sentido democrático que aparecía en las celebraciones litúrgicas. En concreto les parecía poco evangélico y poco fraternal colocar para el celebrante una *sede presidencial*, elevada y separada de la asamblea de los hermanos. Esto, me decían, tiene resabios de *triumfalismo* preconiliar y no parece responder a lo que Jesús decía a los suyos: “a nadie llaméis padre ni maestro porque vosotros tenéis un único padre, el del cielo, y uno solo es vuestro maestro, Cristo, y todos vosotros sois hermanos” (Mt 9, 23).

A mi pregunta de si, según ellas, el celebrante en la Eucaristía es *superior* o *inferior* al pueblo, de momento quedaron sin respuesta. Luego me dijeron: “el celebrante es *igual* a los demás, un hermano entre los hermanos”. Entonces, les argüí: ¿por qué únicamente es el celebrante quien dice las palabras de la consagración? (no me atreví a decir “la Oración eucarística” porque quizá hubieran contestado que esto era también *triumfalismo* y *clericalismo*). Que el celebrante, les dije, no es *igual* a los demás miembros de la asamblea me parece evidente en todas las liturgias y en todas las épocas históricas. ¿*Superior* o *inferior*? Esto es otra cuestión. El celebrante, en realidad, no puede decirse que sea ni superior ni inferior a la asamblea. Aquí no cabe la disyuntiva sino que necesariamente debe optarse por la copulativa. En la asamblea litúrgica el celebrante es al mismo tiempo *superior* e *inferior* al pueblo.

¿Por qué inferior? Simplemente porque está *al servicio* de la asamblea. El celebrante es un *ministro* de Cristo y de la *Iglesia*. Incluso etimoló-

gicamente la palabra *ministro* (en latín *minister*) se deriva de *minus* = menos (como el vocablo paralelo *magíster* = maestro se deriva de *magis* = más). De la misma forma que quien limpia, por ejemplo, la iglesia antes de la celebración para que los fieles se sientan cómodos, o quien hace las lecturas para que la asamblea pueda alimentarse de la Palabra, o quien toca el órgano para que los reunidos vivan la liturgia como fiesta son *ministros* (servidores, inferiores, *al servicio* de los congregados), así el celebrante, *ministro* también como los antes citados, está *al servicio* de los fieles para que éstos vivan con mayor facilidad y sacramentalmente la presencia del Señor que es quien realmente los preside (cf. Sac. Conc. 7). No sin razón el mismo Papa, primero de los obispos y de los celebrantes de la liturgia, parece que ya desde san Gregorio Magno (+ 602), acostumbra a llamarse a sí mismo “*Siervo de los siervos de Dios*”. Así todo celebrante es *siervo*, inferior por ello a la asamblea.

Pero el celebrante, al mismo tiempo que *inferior* al pueblo –su función es *servirlo*–, es también *superior* al mismo, porque lo *sirve*, *haciendo presente* –re-presentando– *al Señor*. Y Jesucristo es ciertamente *superior* al pueblo. De aquí la razón de la silla presidencial, de aquí por qué la asamblea, cuando llega el obispo o el presbítero que re-presenta a Cristo, se pone en pie y, en las celebraciones festivas por lo menos, lo recibe con cantos.

Personalmente, el celebrante es un hermano más y, en el caso concreto de la liturgia, un hermano que *sirve* como criado (ministro) a los demás hermanos. De aquí incluso la lógica de la antigua costumbre de darle un estipendio por la celebración. Se trata, en el fondo, de la compensación que los fieles le dan por el servicio que presta a la comunidad; el celebrante no puede dedicarse a otros menesteres con los que proveer a su sustento para dedicarse a servir a la Iglesia; por ello los fieles, al servicio de los cuáles realiza su ministerio, proveen sus necesidades.

Pero, *ministerialmente*, el celebrante es la cabeza de la asamblea, el icono de Cristo presente, y como tal no es un simple hermano sino el instrumento de la presencia del Señor. El celebrante como bautizado está junto a los fieles: “con vosotros cristiano, oyente del evangelio, condiscípulo vuestro” como repetía frecuentemente S. Agustín. “Pero por vosotros obispo, maestro que trasmite sus palabras”

Nada de extraño, pues que, por razón de su ministerio, el celebrante se presente ante la asamblea con vestiduras llamativas, distintas de las de los otros participantes (revestido de una larga y suntuosa túnica sacerdotal, contemplaba el Vidente del Apocalipsis a Cristo en gloria). Nada de extraño incluso que, mientras las imágenes que representan a los santos (a la misma Madre de Dios) se inciensen con dos golpes del turíbulo, el celebrante reciba un mayor honor, con tres golpes, como el Sacramento eucarístico o las imágenes del Señor. El celebrante, personalmente hombre pequeño y pecador con frecuencia, *ministerialmente* en su persona re-presenta a Cristo, y bajo este matiz es y debe aparecer en la asamblea como muy superior a los fieles.— P. F.